

# “¡Qué amargo despertar!” Desigualdad y dependencia durante el Ciclo de expansión del salitre en Chile (1880-1930). Un balance historiográfico\*

"What a bitter awakening!" Inequality and dependence during the Saltpetre Expansion Cycle in Chile (1880-1930). A historiographical balance

**Óscar A. Acosta Torres\*\***

## Resumen

La “era del nitrato” (1880-1930) involucró un flujo importante de capitales y una entrada de dinero constante al Estado chileno. Sin embargo, desde inicios del siglo XX se percibía un contraste entre el optimismo que generó el ciclo salitrero frente a los múltiples problemas políticos y sociales que se estaban librando. A través de un balance historiográfico este trabajo intenta explicar por qué la riqueza del salitre no supuso desarrollo e independencia económica para Chile. Para ello se analizan las formas en las que Chile se integró a las dinámicas del capitalismo mundial, los medios por los que el Estado chileno se benefició de la explotación del mineral y, finalmente, cómo esto se expresó en la distribución de los ingresos de los chilenos.

**Palabras clave:** Chile, desigualdad, dependencia, capitalismo, salitre.

## Abstract

The "nitrate era" (1880-1930) involved an important flow of capital and a constant inflow of money to the Chilean state. However, from the beginning of the 20th century, a contrast was perceived between the optimism generated by the saltpetre cycle and the multiple political and social problems that were being waged. By means of a historiographical balance, this paper attempts to explain why the saltpetre wealth did not bring development and economic independence to Chile. To this end, it analyses the ways in which Chile was integrated into the dynamics of world capitalism, the means by which the Chilean state benefited from the exploitation of the mineral and, finally, how this was expressed in the distribution of Chileans' income.

**Key words:** Chile, Inequality, Dependence, Capitalism, Saltpeter.

---

\* Este artículo se desprende de la tesis de maestría “Albergando la cuestión social, trabajo, vivienda y subversión en los albergues para obreros desocupados en Santiago de Chile, 1914-1924”, la cual fue realizada en el CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económica). Durante el programa el autor contó con el apoyo de la beca CONACYT.

\*\* El Colegio de México. Contacto: oacosta@colmex.mx

## 1. Introducción

En el año de 1876 un ingeniero químico inglés llamado James Thomas Humberstone desembarcó en el puerto de Pisagua, que en ese momento era territorio peruano. A sus 25 años Humberstone fue contratado para laborar en la Oficina salitrera San Antonio de Zapiga. Después de una serie de experimentos, el joven inglés desarrolló el sistema Shanks, el cual facilitó significativamente la extracción del salitre a través de un proceso de lixiviación.<sup>1</sup> Tan solo tres años más tarde inició la Guerra del Pacífico, cuyos resultados fueron desastrosos para Bolivia y Perú, ya que el litoral boliviano y la región salitrera de Perú pasaron a la administración chilena. En conjunto, estos acontecimientos marcan el inicio del “ciclo de expansión” del salitre chileno, que se extenderá hasta la caída definitiva de la industria salitrera tras la crisis financiera global de 1929 (González, 2011: 160).

La también llamada “era del nitrato” involucró un flujo importante de capitales y una entrada de dinero constante al Estado chileno por la tasa tributaria de exportación, la cual ofreció poco más de la mitad del total de los ingresos. Sin embargo, desde inicios del siglo XX algunos políticos e intelectuales percibieron un contraste entre el optimismo que generó el ciclo salitrero frente a los múltiples problemas políticos y sociales que se estaban librando. En su famoso *Discurso sobre la crisis moral de Chile* pronunciado en 1900, el político Enrique Mac-Iver manifestó un desencanto con su presente y una desesperanza sobre el futuro:

¡Qué amargo despertar! Sueños fueron puertos y ferrocarriles, canales y caminos, escuelas e inmigración, industrias y riquezas, trabajo y bienestar; el oro vino, pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como torrente devastador, que arrancó del alma la energía y la esperanza y arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieron (Mac-Iver, 1900: 23).

¿Por qué la riqueza del “oro blanco” no supuso desarrollo e independencia económica para Chile? ¿Por qué esto parecía tan claro incluso en medio del “ciclo de expansión”? Para responder estas cuestiones resulta esencial explicar las formas en las que Chile se integró a las dinámicas del capitalismo mundial, los medios por los que el Estado chileno se benefició de la explotación del mineral y, finalmente, cómo esto se expresó en la distribución de los ingresos de los chilenos. En las siguientes páginas se busca responder a estas preguntas a partir de la lectura y análisis de la historiografía que se ha ocupado de estudiar la era del salitre.

## 2. El salitre y el auge del comercio global

---

<sup>1</sup> La lixiviación es un proceso de separación de una o varias sustancias contenidas en un cuerpo sólido, por medio de disolventes líquidos.

La historia del salitre es esencialmente transnacional. La región salitrera se ubica en el desierto de Atacama, territorio que antes de 1880 correspondía al sur de Perú, al litoral boliviano y al norte chileno. Desde inicios del siglo XIX el mineral se exportaba a Europa y se utilizaba para la creación de explosivos y fertilizantes. Sin embargo, el auge del salitre arrancó a partir de la década de 1860, cuando distintos empresarios y exploradores descubrieron zonas abundantes de nitrato. Uno de los casos más representativos es el del explorador chileno José Santos Ossa, quien descubrió zonas minerales en Antofagasta, obtuvo el permiso del gobierno boliviano para explotar el mineral, fundó la Compañía Salitrera y Ferrocarriles de Antofagasta, para luego convertirse en el banquero más rico de Latinoamérica (González, 2011: 170).

La presencia de empresarios, ingenieros y técnicos británicos en las llamadas “oficinas” del salitre empezó a ser notable. Incluso, guiado por intereses científicos, el propio Charles Darwin caminó por el desierto de Atacama en 1835. William Bollaert, Milbourne Clark y George Smith resaltan como empresarios pioneros en el desarrollo de la producción industrial del salitre, a través de las nuevas tecnologías que se estaban generando y que fueron precursoras del sistema Shanks. Así, algunas compañías británicas empezaron a crecer rápidamente, tales como Tarapacá Nitrate Co., J. D. Campbell and Co., Clarck, Eck and Co., además de la firma alemana de J. Gildemeister y Cia (Soto, 1998: 54-56).

Tabla 1. *Producción salitrera antes de 1879*

PRODUCTIVIDAD SALITRERA ANTES DE 1879		
Nacionalidad	Capacidad 100 kg	Porcentaje del total
<i>Peruana</i>	9.583.000	58 ½
<i>Chilena</i>	3.120.000	19
<i>Británica</i>	2.200.000	13 ½
<i>Alemana</i>	1.250.000	8
<i>Italiana</i>	210.000	1
Total	16.363.000	100

Fuente: Soto, 1998: 50.

Sin embargo, cabe matizar que antes de 1880 más de la mitad de la producción de nitrato se concentraba en manos peruanas, como puede observarse en la *Tabla 1*. Esto se debe a que entre 1873 y 1874 el Estado peruano pretendió mantener el monopolio del salitre por medio de la Ley de Estanco, con el objetivo de obtener mayores beneficios fiscales y enfrentar su crisis económica desprendida por la caída de las exportaciones de guano. Buena parte de la

historiografía considera que la falta de manejo y de conocimiento sobre la industria salitrera por parte del gobierno peruano hizo que esta política fuera un fracaso.

Tras la Guerra del Pacífico, también llamada “Guerra del salitre”, Chile adquirió prácticamente toda la región salitrera, convirtiéndose entonces en el único productor de nitrato. No obstante, a diferencia de Perú, la Comisión chilena del salitre dictó una ley en octubre de 1880 en la que se manifestó en contra del monopolio estatal: “En lugar de este sistema peligroso y absorbente, es de esperar que Chile acate y mantenga la primera de las reglas de la buena economía política, que condena toda intervención gubernativa en los dominios espaciales de la industria” (Cariola y Sunkel, 1982: 45). En esta coyuntura de inestabilidad en torno a la propiedad de las oficinas de salitre, los precios de los bonos y certificados cayeron de manera rotunda, por lo que se desató una gran especulación. En junio de 1881 el gobierno chileno estableció la devolución de salitreras de Tarapacá a aquellos que depositaran cierta proporción del valor en certificados y el resto en efectivo. Según Cariola y Sunkel (1982: 45), este acto consagró “una de las más extraordinarias operaciones en contra del interés nacional que pueda encontrarse” en la historia económica de Chile.

Esto permite explicar que entre 1880 y 1920 más de la mitad del salitre fuera producido en las oficinas en manos de empresarios británicos, mientras que el 15 por ciento de la producción era relativo a las oficinas chilenas. Al respecto, Michael Monteón subraya la alta capacidad británica para invertir el capital necesario, pero también su gran entendimiento que tenían sobre el comercio y su destacado conocimiento y control en la navegación (Monteón, 1982: 21). Fue hasta 1921 cuando los lugares se intercambiaron y el 51 por ciento de la producción total de salitre se extraía de las 43 oficinas chilenas, mientras que la producción de las oficinas británicas se redujo al 34 por ciento del total (Soto, 1998: 49-51). Sin embargo, en aquellos años la industria del salitre atravesaba ya momentos de inestabilidad en cuanto a su demanda.

La considerable presencia de inversionistas e ingenieros británicos en la industria chilena se explica, entre otras cosas, por la hegemonía económica y política que había adquirido el imperio británico desde inicios del siglo XIX. Después de la Gran Divergencia que posicionó a Gran Bretaña como la principal potencia económica e industrial, lo que sucedió entre 1820 y 1914 es que este imperio logró multiplicar la ventaja de la renta *per cápita* respecto a la periferia. Es decir, a lo largo del siglo XIX la divergencia creció todavía más y de manera significativa. Además, en el mismo siglo se atestiguó una creciente globalización y con ello un auge del mercado mundial. Los mercados del centro eliminaron sus políticas mercantilistas, reduciendo así los aranceles. Por presiones políticas y militares, otras naciones —como Chile— también tuvieron que aceptar la apertura comercial y nuevas formas monetarias para evitar los riesgos cambiarios. En este proceso también se involucran las nuevas tecnologías,

como el barco de vapor, la reducción de los costes del transporte y la relativa estabilidad de la llamada *Pax Britannica* (Williamson, 2012: 23-24).

Los cambios que se dan en torno a la administración y propiedad de las oficinas de salitre en Chile a partir de 1880 se relacionan con una de las características de lo que Thomas Picketty ha llamado la segunda época colonial. De acuerdo con este autor, los modos de apropiación y explotación fueron más sutiles, sofisticados e incluso llegaron a aplicarse en una escala mundial mucho mayor que en el primer colonialismo (1500-1800). Todo esto se dio de manera perfectamente “legal” y, sobre todo, “moral”, bajo la lógica del “*duos commerce*”. (Picketty, 2019: 341-342).

Como país periférico Chile se vio imposibilitado para competir con los precios y la tecnología del centro, por lo que se convirtió como muchos otros países latinoamericanos, en exportadores de productos agrícolas y primarios. De acuerdo con Williamson, la producción de materias primas en los países periféricos se asemejaba a “una verdadera lotería”. Esto debido a la volatilidad de los precios de bienes primarios, reflejada en la variedad, aumento y declive de los costos. El “mal holandés”, resultado del ingreso de divisas y del aumento del precio del salitre, influyó en los términos de intercambio entre Chile y Gran Bretaña (Williamson, 2012: 231). Además, la volatilidad del precio del salitre chileno se hizo más evidente tras la invención del salitre sintético en Alemania, poco antes de que estallara la Gran Guerra.

En el año de 1901, los ingenieros alemanes Semper y Michels fueron enviados al norte chileno por parte de su Ministerio de Agricultura, para averiguar la situación de la industria del salitre y analizar la conveniencia de su uso en el cultivo del betabel. Pocos años más tarde publicaron un amplio estudio que incluyó aspectos geológicos, geográficos, históricos, políticos y económicos en torno a la industria del salitre en Chile. Sobre el futuro de esta industria, los autores auguraban un probable aumento de las exportaciones en Europa, además de que veían con satisfacción el incremento del consumo en la costa este de Estados Unidos, aunado a la reducción del trayecto entre el norte chileno y Nueva York debido al canal de Panamá. Aún más, vislumbraban que Japón se convertiría en un consumidor importante (Semper y Michels, 1908: 180) Si bien los autores señalan la posibilidad del aumento del costo de producción debido a la escasez de mano de obra y al posible surgimiento de competencia productiva por yacimientos salitreros en California, en términos generales vislumbran un panorama esperanzador para la industria del salitre.

### **3. 1914: El inicio del fin**

El optimismo se iría desvaneciendo con el inicio de la Primera Guerra Mundial y la dependencia económica de Chile al mercado internacional se haría más evidente. Desde finales del siglo XIX se percibía una competencia económica en Chile entre las tres más grandes potencias mundiales de la época: Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Si bien el capital alemán se dirigió principalmente a las compañías de tranvías y de electricidad en Santiago y Valparaíso (Couyoumdjian, 1986: 42), dentro del comercio del salitre figuró como uno de los mayores compradores de este producto hasta el año de 1914, fecha en la que quedó fuera del mercado debido al bloqueo ejercido por Gran Bretaña en el marco del conflicto bélico. La desaparición repentina de este mercado de exportación salitrera fue una de las causas que ocasionó el principio del fin de era del nitrato.

Ante el desplazamiento total de Alemania en los asuntos económicos de Chile y la gradual disminución de la producción británica de salitre, Estados Unidos apareció como la nueva potencia con mayor preponderancia dentro de las relaciones económicas con Chile. Si bien desde 1916 se había convertido ya en el mayor comprador de salitre, su predominio económico en Chile se vio reflejado notoriamente en la industria del cobre. Por ello, al amplio periodo que va de 1880 a 1970 el historiador Luis Vitale lo considera una época en la que Chile pasa de ser “semicolonia británica a semicolonia norteamericana”, argumentando que la disminución de la intervención británica en Chile alrededor de 1930 no significó en absoluto que Chile perdiera su carácter de país económicamente dependiente (Vitale, 1980: 9).

La expansión comercial estadounidense se expresó en muchos aspectos. Con la intención de facilitar el intercambio en dólares, en enero de 1916 The New York National City Bank obtuvo el permiso para establecer una sucursal en Valparaíso y un año más tarde en Santiago (Rinke, 2013: 52); para los últimos años de la guerra, Estados Unidos compró el 57 por ciento del salitre exportado y el 75 por ciento del cobre chileno; incluso, la preeminencia estadounidense no sólo se percibe por la abundante compra y extracción de estos minerales, sino también por la cantidad de productos que exportaba a Chile. En 1919, el 48 por ciento del total de importaciones a Chile provenían de Estados Unidos, mientras que de Gran Bretaña se importaba alrededor del 26 por ciento (Monteón, 1982: 113-116). Los productos que los chilenos compraban a Estados Unidos eran textiles, maquinaria agrícola, automóviles, productos de hierro y acero, además de petróleo y madera (Couyoumdjian, 1986: 43).

El comercio británico que, si bien no dejaba de crecer, empezaba a verse opacado en la región por la presencia estadounidense. Pero las transformaciones económicas en Chile no tuvieron que ver únicamente con el “cambio de manos” del comercio, sino que la principal fuente de ingresos del Estado chileno fue otra. Mientras el cobre se convertía en el nuevo “oro”, el salitre pasaba a un segundo plano dentro de la economía de exportación. El salitre sintético, producido por los científicos alemanes Fritz Haber y Carl Bosch entre 1894 y 1911, hizo que

Chile dejara de ser el monopolio mundial de esta materia. Evidentemente, el bloqueo que se le impuso a Alemania dentro del comercio chileno aceleró la rápida producción de salitre sintético para abastecer las necesidades tanto en la agricultura como en la elaboración de explosivos.

El término de la guerra en noviembre de 1918 supuso nuevos retos a la industria salitrera. En 1919 los agricultores norteamericanos dejaron de usar el salitre debido a la reducción de préstamos de bancos y a la imposibilidad de vender todos sus granos. Finalmente, si bien después de la guerra Alemania se reinsertó en el mercado de salitre chileno, la producción y consumo de salitre sintético hacía innecesaria la compra abundante del nitrato natural. De acuerdo con Monteón, en 1920 los alemanes compraban apenas el 5,8% de la venta total de salitre chileno (Monteón, 1982: 112-124).

Estas nuevas vicisitudes marcarían el declive de la industria salitrera a lo largo de la década de 1920, la cual terminaría rotundamente con la crisis financiera de 1929. A pesar de que algunos afirmaban que se podría explotar el recurso mineral por muchos años más debido a que únicamente se había extraído el 7,5 por ciento de los mil millones de toneladas que se calculaban existentes en las provincias de Tarapacá y Antofagasta, otros estadistas como Santiago Marín veían un colapso evidente:

Se ha vivido por años y años, temeroso de que se produzca un definitivo agotamiento de las fuentes naturales de producción, lo que se tradujo en el aguzamiento de los intelectos descubridores, quienes, tras largas y concienzudas experiencias de laboratorios, lograron por fin éxito, produciendo una substancia similar, azoada, rompiéndose definitivamente con ello el monopolio chileno de producción por tantos decenios mantenido (Marín, 1931: 11).

Para Marín, la masificación del consumo de salitre sintético fue la causa más evidente que produjo la crisis del salitre chileno. Según su informe, en 1913 el consumo de salitre artificial a nivel mundial fue de 317,000 toneladas y de salitre chileno de 430,000; en 1918 se consumieron alrededor de 748,000 toneladas de nitrato sintético, mientras que el consumo del chileno apenas ascendió a 444,000 (Marín, 1931: 12). Como se observa, el consumo del salitre natural chileno continuaba ascendiendo, pero el salitre sintético estaba acaparando el mercado internacional.

Al respecto, Aníbal Pinto consideró que la política económica que se estableció en Chile apostaba por un “crecimiento hacia afuera”. Este modelo, pese a todo, en 1920 parecía mantener cierta solidez debido a la caudalosa corriente de créditos y capitales que marcaron el ascenso de Estados Unidos como potencia mundial “y rector indisputado de la economía latinoamericana” (Pinto, 1959: 102). No obstante, el Jueves Negro de octubre de 1929 marcó

el inicio de una crisis financiera global, que trastocó directamente a la industria del salitre chileno.

Chile, considerado el país latinoamericano más afectado por la crisis, vio descender sus exportaciones una sexta parte del nivel que tenía antes de la crisis, mientras que sus ingresos disminuyeron más del 75 por ciento (Palma, 1996; cit. en Marichal, 2010: 131). Ante la presión que existía para atender los múltiples problemas internos, Chile decidió suspender el servicio de su deuda externa con Europa y Estados Unidos en 1931. Cabe señalar que, entre el inicio de la crisis y la cancelación de la deuda, el Ministerio de Hacienda mantuvo el pago y transfirió 90 millones de dólares a los respectivos acreedores. De acuerdo con Marichal, la deuda externa de Chile en julio de 1931 se estipuló en 343 millones de dólares (Marichal, 2010: 131-135).

Así llegaba el fin del monopolio del salitre chileno. El ciclo de expansión permitió a Chile integrarse a las dinámicas del comercio global como país periférico mono-exportador. Esto posicionó al país andino en una situación de dependencia en cuanto a la demanda, consumo y estabilidad de los sistemas financieros de sus respectivos compradores, principalmente de Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Lo anterior es reflejo del proceso de divergencia que se mantuvo a lo largo del siglo XIX, generando así una desigualdad entre Chile, en tanto país periférico, con los países de Europa occidental y Estados Unidos.

La atadura económica de Chile a la dinámica internacional ocasionó numerosas crisis en la industria del salitre, las cuales se consideraban como un efecto natural del ciclo de producción, además de que las oficinas del salitre, su producción y su exportación siempre fueron en ascenso, pese a las fluctuaciones. En 1894 el número de las factorías en operación era de 51; para 1914 el número ascendía a 137 (Monteón, 1982: 70). Es decir, que en poco menos de veinte años las oficinas del salitre, y con ello su producción y exportación, aumentaron poco más del doble. Ante el evidente incremento de la producción de nitrato, las pequeñas recesiones ocurridas en los años 1900, 1904 y 1910 no representaron la mayor preocupación ni para los productores ni para el gobierno parlamentario.

Sin embargo, autores como Javier E. Rodríguez sostienen que los niveles de desigualdad en Chile fueron en aumento entre 1903 y 1938 (Rodríguez, 2017: 151-153). Para explicar esto resulta importante entender, a su vez, las políticas económicas implementadas por los gobiernos chilenos que transitaron en aquellos años. Si las exportaciones de salitre disminuyeron hasta 1914, habría que considerar entonces el uso de las grandes cantidades de dinero que ingresaban como tasa tributaria, además de la distribución de la riqueza en Chile.

#### **4. Las políticas del salitre: modernización y dependencia frente a la “crisis moral”**

La situación política en Chile atravesó también cambios profundos, pasando de un gobierno presidencialista a otro al que la historiografía ha denominado “República parlamentaria”, cuya periodización se identifica desde el suicidio del presidente Manuel Balmaceda en 1891 hasta la promulgación de la Constitución de 1925. ¿Qué papel tuvo la clase política chilena en el aumento de la desigualdad que señala Rodríguez?

Como se mencionó antes, la bonanza que se percibió entre 1880 y 1930 provenía de la tasa tributaria que impuso el Estado chileno para la exportación del salitre, la cual equivalía en promedio a un tercio de su valor. Esta fuente inmediata de recursos aportó, en promedio, poco más de la mitad de los ingresos gubernamentales durante aquellos años, sin que el Estado chileno tuviera que intervenir directamente en las dinámicas de producción, embarque, comercialización y venta del nitrato (Blakemore, 1992: 160-165). Más aún, el desarrollo de la industria del nitrato generó nuevos sectores económicos secundarios, sobre todo en lo que respecta al comercio en la región del norte. Durante el último cuarto del siglo XIX, y sobre todo a lo largo de la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-1891), se experimentó un proceso de modernización en muchos aspectos de la vida política, social y cultural de Chile, expresión de la aplicabilidad de los recursos adquiridos por la tasa tributaria del salitre.

El ambicioso plan de obras públicas a lo largo y ancho de Chile conformaba una parte esencial del proyecto modernizador, el cual sugiere un progreso tanto en el orden material como en el cultural. En 1887, bajo el gobierno de Balmaceda, se creó el Ministerio de Industria y Obras Públicas, encargado de la organización y administración de la construcción de caminos, hospitales, escuelas, puertos, cárceles y ferrocarriles (Correa *et al*, 2002: 32-41). Este proceso de modernización generaría a su vez un considerable aumento tanto de trabajadores públicos como del proletariado chileno, es decir, de una nueva clase media emergente.

Habría que señalar que, si bien hubo intentos por parte del gobierno balmacedista para adquirir mayor control sobre el sistema ferroviario, esa enorme red de vías había sido establecida en su mayoría mediante capital invertido por británicos inmersos en la industria del salitre. Así, sobre las tierras desérticas del norte empezaban a aparecer, de manera casi repentina, nuevas y amplias vías para los ferrocarriles. Los vagones transportaban el “oro blanco” que se extraía de los yacimientos, lo llevaban a los puertos del norte, como Iquique, Tocopilla, Mejillones, Antofagasta y Taltal; y en algunos casos, de ahí eran enviados al puerto más importante de Chile y del Pacífico sur: Valparaíso.

El rápido establecimiento de ferrocarriles a lo largo del territorio chileno fue también una expresión del impulso del “ideal modernizador”. La imagen de Chile “atado con lazos de acero”, enunciada por Santiago Marín, adquiere todo el sentido si consideramos la amplia red ferroviaria que se estableció de sur a norte y de este a oeste. En 1901, Vicuña —sin duda el gran estudioso de la época de la dinámica económica del ferrocarril y del salitre—, se mostraba todavía optimista al respecto, a pesar de que él estaba en contra del proyecto de estatización de los ferrocarriles: “sin embargo, y cualesquiera que sean los defectos que adolecen los Ferrocarriles del Estado, podemos decir, en conclusión, que han llenado su papel incrementando nuestra producción, dándole valor a nuestras tierras y abriendo una senda de progreso *siempre creciente* a la República” (Marín, 1901: 150). Tal era el optimismo del salitre, de la bonanza económica, de la modernización y del progreso en los primeros años del siglo XX.

En el año de 1891 los chilenos se vieron envueltos en una guerra civil que culminó con el derrocamiento del balmacedismo. El suicidio de Balmaceda en la Moneda significó el final de una tradición política en Chile, caracterizada por un gobierno presidencialista que fue desplazado por un fuerte poder del Congreso. Conformado en su mayoría por opositores al previo gobierno balmacedista, el parlamento chileno llegó a ser una especie de “club social” al que sólo podían entrar hombres con una buena posición económica. Durante esta época el poder fue el “patrimonio de la élite tradicional” (Correa et al, 2002: 45).

A lo largo de prácticamente las tres décadas del parlamentarismo chileno, tanto los diputados y senadores como algunos presidentes, se distinguieron por su afinidad con los intereses de inversionistas extranjeros. El derrocamiento de Balmaceda —quien intentó establecer una iniciativa cuasi nacionalista sobre el salitre chileno—, fue una expresión de esa alianza, en la cual resalta la activa participación del británico John Thomas North, mejor conocido como el “rey del salitre” debido a la gran fortuna que había adquirido como empresario salitrero. En 1889, North realizó un viaje a Chile con la intención de negociar con Balmaceda, lo que terminó en una declarada enemistad entre ambos. La fusión de los intereses políticos de la oposición y el financiamiento de su causa por parte de los inversionistas británicos hicieron posible la derrota del ejército nacional en 1891. Este pacto marcaría la pauta del devenir histórico de la política chilena hasta 1920, cuando Arturo Alessandri llegó a la presidencia.

Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel señalan que después de 1891 se experimentó una decadencia de las clases dirigentes chilenas, expresada en sus valores y actitudes poco emprendedoras y más bien permeadas de un carácter arribista a los empresarios extranjeros. Los abundantes ingresos fiscales recaudados por la tasa de exportación del salitre no se vieron reflejados en la agricultura o en la industria manufacturera, expresándose más bien en un desmesurado derroche y consumo visible en el aumento de las importaciones; el

programa de infraestructura, a pesar de estar bajo el impulso modernizador, continuaba siendo relativamente básico como los de mediados del siglo XIX; finalmente, apuntan los autores, durante el periodo parlamentario no emergieron personajes de envergadura como lo fueron Portales, Tocornal, Montt o Balmaceda en el siglo XIX. La legitimidad del gobierno parlamentario como clase dirigente se fue desvaneciendo con el paso de los años (Cariola y Sunkel, 1982: 50).

En este contexto se pronunció el discurso sobre la crisis moral de Mac-Iver. A pesar del optimismo que pudo generar el proceso de modernización en la infraestructura chilena, Mac-Iver percibió la bonanza salitrera como algo perjudicial, y no precisamente para el desarrollo material del país, sino para la moral de los chilenos, específicamente la de las clases dirigentes. El auge económico desprendido de la industria salitrera fue solamente una ensoñación; el salitre fue “oro blanco” para unos pocos y oropel para otros muchos. La “virtud pública” se erosionó ante el interés personal: he ahí la crisis moral de la que hablaba Mac-Iver.

La conmemoración del centenario del inicio de la independencia chilena en 1910 no solo fue motivo para extender un sentimiento nacionalista por medio de las fiestas, o para demostrar los resultados de la modernización de Santiago a través de su embellecimiento y de la construcción de grandes edificios emblemáticos como el Palacio del Museo Nacional de Bellas Artes. A las fiestas de septiembre de 1910 las anteceden la muerte inesperada de dos presidentes (Pedro Montt y Elías Fernández Albano), una lluvia de críticas al gobierno y la masacre de trabajadores de Santa María de Iquique. A pesar de todo, las celebraciones se desarrollaron sin ningún sobresalto y las instancias internacionales invitadas se llevaron la impresión de que Chile era un país con una admirable solidez institucional del orden público y madurez cívica. Muchos intelectuales y políticos de distintos bandos pusieron en evidencia las contradicciones del régimen parlamentario, tales como Mac-Iver, Nicolás Palacios, Guillermo Subercaseaux y el líder sindicalista Luis Emilio Recabarren (Correa, 2002: 42-45). Más que celebración, una parte de la opinión pública consideró el año 1910 como la “crisis del centenario”.

## **5. Deuda y desigualdad**

En aquellos años de parlamentarismo se hicieron visibles algunos rasgos de profunda inestabilidad en la economía chilena, manifestados en el endeudamiento y en la devaluación de la moneda. Jorge Montt, quien ocupó la presidencia después de la guerra civil de 1891, contrató tres empréstitos de 7 millones de libras esterlinas a la Casa Rothschild, uno de los grupos financieros ingleses más influyentes a nivel mundial. Si en 1900 la deuda externa ya ascendía a 17.571.706 libras esterlinas, para 1915 subió a 32.556.380 (Vitale, 1980: 18). En lugar de que la dinámica del comercio del salitre generara mayor independencia económica

en Chile, esta arraigó aún más su carácter de dependencia a los intereses del imperio británico, el cual se mantenía en expansión.

Aún más, entre 1903 y 1913 aumentó la brecha de los ingresos entre la élite chilena y el ingreso real de los trabajadores no calificados. De acuerdo con Rodríguez, durante estos años la tasa de crecimiento de los ingresos del uno por ciento de la población, que representa a la élite política y económica, fue del ocho por ciento; mientras que los trabajadores no calificados perdieron ingreso real a una tasa de -1,5 por ciento anual. A su vez, el índice de Gini pasó de 0,44 a 0,57 y el ingreso total de 1 por ciento más rico aumentó de 14 a 25 por ciento. Por el contrario, la redistribución del trabajo disminuyó de 67 a 56 por ciento del total (Rodríguez, 2017: 152).

Tabla 2. *Indicadores de ingreso y distribución*

	Tasas de crecimiento anual				Variación en el periodo		
	Ingreso 1%	Ingreso medio	Ingreso calificados	Ingreso no calificados	Gini	Remuneración al trabajo en el total	Ingreso 1% en el total
1903-1938	3,4%	1,2%	-1,2%	0,4%	0,16	-23%	15%
1903-1913	8,0%	1,9%	-0,8%	-1,5%	0,13	-11%	11%
1913-1938	1,6%	1,0%	-1,3%	1,3%	0,03	-12%	4%
1913-1929	2,3%	1,6%	0,2%	1,5%	0,01	-5%	3%
1929-1938	0,3%	-0,2%	-4,0%	0,8%	0,02	-7%	1%

Fuente: Rodríguez, 2017: 152.

Como se observa en la *Tabla 2*, entre 1913 y 1938 la brecha de los ingresos entre el uno por ciento más rico y los trabajadores no calificados disminuyó considerablemente, teniendo una tasa de crecimiento de 1,6 y 1,3 por ciento respectivamente. Si se revisa únicamente el periodo que va de 1929 a 1938, se puede observar que las tasas de crecimiento anual son muy bajas, con un 0,3 por ciento para el sector más rico y 0,8 por ciento para los trabajadores no calificados. Es decir, después de la crisis financiera de 1929 la tasa de crecimiento de los ingresos de los trabajadores no calificados es ligeramente superior a la del uno por ciento más rico, pero en ambos casos hubo una considerable caída.

Los contrastes sociales entre trabajadores e inversionistas, comerciantes y políticos se harían cada vez más evidentes. La brecha entre la pequeña élite oligárquica y la mayoría de la población chilena, apunta Rafael Sagredo, impedía que los primeros percibieran la gravedad socioeconómica de los segundos (Sagredo, 2014: 216). Ante la opulencia de una minoría

oligárquica, contrastaba la situación de miseria en la que vivían los sectores populares. Las condiciones de vida de los trabajadores de la pampa salitrera fueron descritas en el informe de la Comisión de Gobierno en 1919 de la siguiente manera:

Salvo una que otra honrosa excepción, no son de mejor calidad que las viviendas populares de los centros urbanos [Santiago y Valparaíso]. Se les designa con el nombre de “campamento”, palabra que por sí sola indica muy bien sus características distintivas. Se trata ordinariamente de construcciones provisorias, simples galpones de calamina o planchas delgadas de fierro galvanizado, divididos por planchas del mismo material en pequeños compartimientos, de los cuales cada uno constituye la casa habitación de una familia obrera. Parece casi inoficioso agregar que aparte de la estrechez, de la promiscuidad, de la falta de ventilación y en suma, de todo lo que constituye una habitación sana y cómoda, esta clase de construcciones tiene además el grave defecto de ser absolutamente inadecuada a las condiciones climáticas de la región (Comisión de Gobierno, 1919; cit. en González, 2002: 211).

Las pésimas condiciones de vida de los hombres y mujeres del norte salitrero renovaron el debate sobre la llamada “cuestión social”, la cual tiene que ver con dos fenómenos sociales característicos de la época del salitre. Uno refiere al trabajo, a la vivienda y a la salubridad; es decir, a las condiciones de vida de los obreros y sus familias; el otro recae en la organización, manifestación e influencia de los obreros para reivindicar sus derechos como tales ante los sectores dirigentes. El desarrollo del movimiento obrero en Chile, sin duda heterogéneo en ideología, difícilmente podría explicarse si no se toma en cuenta la situación de marginación y miseria en la que se encontraban los trabajadores.

En este periodo se señaló, como vimos, una decadencia de la clase política, la cual se expresó a su vez en las pugnas “interburguesas” por la redistribución del ingreso fiscal. No obstante, Luis Vitale señala que, si bien durante estas tres décadas se sucedieron 131 gabinetes —lo que da un total de 530 ministros cambiados—, la estabilidad del aparato del Estado burgués no corrió ningún peligro. Es decir que, a pesar de que las distintas facciones políticas luchaban entre sí por adquirir un mayor control sobre la distribución de la riqueza generada por el salitre, la alianza entre el imperio británico y la burguesía minera, comercial, e incluso agrícola, no fue en absoluto alterada, sino hasta 1920 (Vitale, 1980: 14). Y es que, según afirma Luis Vitale, además de los conflictos internos entre senadores y diputados, la caída del régimen parlamentario hacia la década de 1920 tiene que ver con la intervención norteamericana en los asuntos políticos de Chile. Los intereses de Estados Unidos eran muy distintos, inclusive opuestos, a los de Gran Bretaña. La rivalidad interimperialista, señala Vitale, fue más allá de la pugna por el control de los recursos naturales, manifestándose también en la notable influencia que estas dos potencias ejercieron en los gobernantes chilenos (Vitale, 1980: 70).

Quizá sería aventurado afirmar que el proceso político que experimentó Chile durante esta época fue exactamente el mismo que el económico. Esto es, que el control de los gobiernos únicamente pasó de unas manos a otras, tal como ocurrió con el dominio de los principales

recursos naturales chilenos. No obstante, la emergencia de Arturo Alessandri Palma —quien en un inicio mantuvo buenas relaciones con Estados Unidos (Monteón, 1982: 142)— como una figura de gran relevancia dentro del campo político chileno, refleja la necesidad de los estadounidenses por influir de alguna manera en las decisiones tomadas desde el parlamento.

Inclusive, Monteón señala que la actitud de la élite chilena hacia los intereses norteamericanos comenzó a cambiar antes de la llegada de Alessandri a la presidencia, cuando Juan Luis Sanfuentes (1915-1920) tomó el poder del Ejecutivo. Este presidente y sus ministros, quienes en su mayoría fueron partidarios de Balmaceda, recordaron que durante la guerra civil de 1891 Estados Unidos fue una nación que apoyó su causa. En septiembre de 1915, el ministro estadounidense en Chile expresó: “Todos los partidos son ahora, y estoy feliz de decirlo, igualmente amigables con los Estados Unidos” (Monteón, 1982: 115). La incidencia norteamericana en los asuntos internos de la política chilena, que se desarrollaba en paralelo de la crisis del salitre, contribuiría en cierta medida a la caída del viejo gobierno oligárquico.

A lo largo de la década de 1920 las “cadenas de oferta” se volvieron cada vez más complejas, ya que, como señalan Rory Miller y Robert Greenhill, “tanto el Estado como los empresarios privados intentaron reafirmar su proporción de los ingresos provenientes de un mercado a la baja”. En estos años, parte de la industria del salitre empezó a ser controlada por la familia Guggenheim, además de la cadena que seguía en manos de transnacionales de Europa y Estados Unidos. Ante la crisis financiera mundial, la competencia desprendida por los sustitutos artificiales de Alemania y la caída de los precios, los Guggenheim influyeron para forzar la creación de la Corporación Salitrera Chilena (COSACH) en 1931. Esta organización fue una empresa conjunta en la que participaron el Estado chileno, las antiguas compañías productoras de salitre y la familia Guggenheim, la cual se quedó con el control de la tecnología y de la administración de la nueva organización (Miller y Greenhill, 2017: 335-336). Este fue el último intento en conjunto por salvar el destino del salitre natural chileno, socavado por el avance del sintético alemán; pero en 1933 la esperanza se diluyó con el cierre de la Corporación.

## **6. Conclusiones**

Este balance historiográfico nos permite observar la dimensión transnacional de la producción y comercialización del “oro blanco”, así como las repercusiones en el territorio nacional chileno. El inicio del ciclo de expansión del salitre coincidió con el auge del comercio global. En las últimas décadas del siglo XIX las diferencias económicas entre los países del centro y los de la periferia eran evidentes. El salitre le permitió a Chile integrarse al mercado mundial, pero las condiciones de intercambio hicieron que estas relaciones estuvieran sujetas a la

estabilidad de las potencias compradoras y del propio sistema comercial global. Por ello, la volatilidad fue un problema con el que se tuvo que lidiar en los cincuenta años de la era del nitrato.

Ciertamente, el Estado chileno logró obtener grandes cantidades de capital a través de las tasas de exportación, lo que le permitió iniciar un importante proceso de modernización e industrialización, acorde con el ideal del progreso vigente en aquellos años. No obstante, desde el mismo momento del auge salitrero se percibió el contraste social desprendido por la desigualdad entre el uno por ciento más rico y los trabajadores no calificados. La divergencia del crecimiento anual de ingresos aumentó considerablemente entre 1903 y 1913, consolidándose la desigualdad que Milanovik llamó “basada en clase”, refiriéndose a aquella que se expresa entre individuos ricos y pobres. No obstante, esto se generó paralelamente al aumento de la “desigualdad basada en lugar”, es decir, aquella que se experimenta entre individuos de distintos países (Milanovik, 2017: 148-151).

En este sentido, el ciclo de expansión de la industria del salitre permitió obtención de ingresos y modernización; pero no desarrollo, ni independencia económica o una mejor distribución de la riqueza. Las dinámicas macroeconómicas jugaron un papel fundamental en ello, pero la agencia de la clase política de inicios del siglo XX mostró signos de incompetencia en el manejo, administración y distribución de los recursos. Tanto la prosperidad como la crisis, igual que el optimismo y la desesperanza, estuvieron ligados al devenir de la industria del salitre.

## **Bibliografía**

- Blakemore, H. (1992). “Chile, desde la guerra del Pacífico hasta la depresión mundial, 1880-1930, en Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina*, Vol. X. Barcelona: Crítica.
- Cariola, C. y Sunkel O. (1982). *Un siglo de historia económica de Chile, 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del ICI.
- Correa, S., Figueroa, C. et. al. (2002). *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico*. 3ª ed. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana Chilena.
- Couyoumdjian, J. (1986). *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Postguerra, 1914-1921*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello/Ediciones Universidad Católica de Chile.
- González, S. (2011). “Auge y crisis del nitrato chileno: la importancia de los viajeros, empresarios y científicos, 1830- 1919”. *Tiempo Histórico*. 2. 159-178.
- Mac-Iver, E. (1900). *Discurso sobre la crisis moral de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta moderna.
- Marichal, C. (2010). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Buenos Aires: Debate.
- Marín Vicuña, S. (1931). *El salitre de Chile*. Santiago de Chile: Nacimiento.
- Marín Vicuña, S. (1901). *Estudios de los ferrocarriles chilenos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Milanovik, B. (2017). *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. México: FCE.

- Miller, R. y Greenhill, R. (2017). “Las cadenas internacionales de dos fertilizantes: guano y nitratos, de 1840 a 1930”, en Marichal, C., Topik y Frank (Coords). *De la plata a la cocaína. Cinco siglos de historia económica en América Latina, 1500-2000*. México: FCE/El Colegio de México.
- Monteón, M. (1982). *Chile in the Nitrate Era: The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Piketty, T. (2019). *Capital e Ideología*. Barcelona: Deusto.
- Pinto, A. (1959). *Chile. Un caso de desarrollo frustrado*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Rinke, S. (2013). *Encuentros con el yanqui: norteamericanización y cambio sociocultural en Chile, 1898-1990*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Rodríguez, J. (2017). *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Sagredo, R. (2014). *Historia mínima de Chile*. México: El Colegio de México.
- Semper, E. y Michels. (1908). *La industria del salitre en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- Soto, A. (1998). *Influencia británica en el salitre: origen, naturaleza y decadencia*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Stickell, A. (1979). *Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930*. Tesis de doctorado, Indiana University.
- Vitale, L. (1980). *Interpretación marxista de la historia de Chile. De semicolonias inglesa a semicolonias norteamericana (1891-1970)*. Barcelona: Fontamara.
- Williamson, J. (2012). *Comercio y pobreza. Cuándo y cómo comenzó el atraso del tercer mundo*. Barcelona: Crítica.